

Ricardo Vicente López

*Una aproximación
a la comprensión
del problema
político actual*

“Todo lo que quiso saber acerca del... sojismo
(pero nunca se atrevió a preguntar)”

Cuadernos de reflexión:

La soja frente al hambre del mundo

Mayo de 2008

Palabras preliminares

Subtitular parafraseando a Wody Allen es un modo de sacarle algo de dramaticidad a un asunto ya de por sí bastante problemático. Antes de avanzar debo hacer una primera confesión: estoy lejos de ser un entendido en este tema. Pero mi condición de argentino muy preocupado por la crisis política que nos sacude, a la que se le suma la actitud de los medios concentrados en el manejo de la información, me obligan al intento de arrojar un poco de luz, al menos de la que yo pueda aportar. Si bien gran parte de esto que está pasando no es nuevo, se ha manifestado en estos últimos meses en toda su desnudez. La Argentina tiene una larga historia de vivir por carriles separados, desde su misma intención de ser patria soberana. Intereses contrapuestos de los que querían y de los que no querían, se fueron perpetuando en ese doble estándar a lo largo de estos siglos. El 28 de octubre pasado mostró nuevamente esa contraposición: se enfrentaron dos proyectos posibles de ser una Nación, adscribir a uno de ellos corta el escenario político actual. Esto no debería ser un inconveniente sino el acicate a enfrentar un gran debate sobre qué futuro deseamos, y construir a partir de allí una mayoría sólida y madura que establezca un ámbito en el que se vayan acordando los pasos a seguir. Una sola condición, creo, debería tener ese proyecto: *incluir a todos en una vida digna*.

Desde esta perspectiva, estoy preocupado por la mediocridad y chatura de nuestra dirigencia social, política, institucional, empresaria y académica, que se permite jugar a hacer equilibrios peligrosos tras la mezquina intención de hacer prevalecer sus privilegios. Pero, es necesario aclarar que no tenemos exclusividad en este aspecto, gran parte del mundo padece los mismos síntomas. Esto nos coloca en el borde de un posible abismo. No es que el abismo exista por sí, pero el juego del todo o nada lo sugiere y lo coloca como un futuro posible. Los gobiernos no están exento de errores, algunos de ellos muy gruesos, tampoco el nuestro, que han sido utilizados para propósitos que escapan al conocimiento de una gran parte de los ciudadanos. En un mundo global que vive en una conciencia autista, dado que la globalidad que existe da cabida a cada vez menos y se desentiende del resto, seguir el camino trazado nos empuja hacia un horizonte de negros nubarrones. Para comenzar creo conveniente pintar el cuadro general dentro del cual se está desarrollando esta crisis política. Voy a utilizar la opinión de personas que manejan el tema con seriedad, dentro de parámetros aceptables, según mi punto de vista sobre su idoneidad y de los valores que las sustentan.

El escenario internacional

El doctor Olmedo Beluche - sociólogo, profesor de la Universidad de Panamá, hace una descripción del mundo de hoy: «La crisis social del mundo ha llegado a un extremo que ya no lo pueden ocultar ni siquiera los organismos responsables de esta situación, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI), las Naciones Unidas (FAO, CEPAL, etc.). El alza escandalosa de los precios de los alimentos sumirá a millones de personas en la inanición, y amenaza con producir nuevas revueltas y revoluciones. Según el FMI, los precios de los cereales, que se han disparado en el último año, sumarán en el hambre a 100 millones en el mundo, que se suman a los 2,000 millones de personas que ya vivían por debajo de los dos dólares diarios que, según ellos, marca la línea de la indigencia. La CEPAL calcula que 10 millones de personas más se sumarán a esa lista en América Latina, un continente que hace décadas tiene a más de la mitad de su población por debajo de la línea de pobreza. En realidad, la actual

"globalización" no ha derivado en mayor competencia, sino en el control imperialista del mundo por 7 potencias y sus 200 transnacionales. Ellos, con la ayuda del Banco Mundial y el FMI, nos han impuesto liquidar la seguridad y soberanía alimentaria en favor de la apertura comercial, llevando a muchas naciones que antes eran autosustentables a la dependencia de las importaciones de alimentos como México y la India.

¿Quiénes son los beneficiarios de los altos precios de los alimentos y del hambre de tantos millones de personas? Pues nada menos que un puñado de empresas que especulan en la Bolsa de Comercio de Chicago:

Seis compañías controlan un 85% del comercio mundial en granos; tres controlan un 83% del cacao; tres controlan un 80% del comercio con plátanos. ADM, Cargill y Bunge controlan efectivamente el maíz del mundo, lo que significa que sólo ellos deciden qué parte de la cosecha de cada año va a la producción de etanol, edulcorantes, alimento para animales o alimentos para seres humanos». James Petras cita al Financial Times (15/4/08) que señala que estas empresas engrosaron sus beneficios en 86% (más de 1,000 millones de dólares) en tan sólo el trimestre que cerró el 29 de febrero de 2008. A estas empresas hay que añadir las que se dedican a otros rubros alimentarios (como lácteos) para cerrar el panorama del monopolio alimenticio: Nestlé, Borden, Cadbury, General Mills, Nabisco, Kellog, etc.

Jean Ziegler, relator de la ONU para el derecho a la alimentación culpó a la "globalización unilateral" por "monopolizar las riquezas de la Tierra" y afirmó que las empresas multinacionales son las responsables de esta "violencia estructural" (el hambre). Ziegler cerró con estas duras y reveladoras palabras: «Y nosotros hemos oído de operadores de mercado, de especuladores y bandidos financieros que se han vuelto locos y han construido un mundo de inequidad y horror. Tenemos que detener esto... Esto es un asesinato en masa silencioso». ¿Cómo se puede tomar conciencia de ello? Leyendo las cifras que utilizó Ziegler para graficar lo dicho: «Diariamente 24.000 personas mueren de hambre, y si sumamos los que mueren por sus consecuencias inmediatas, alcanzamos la cifra de 100.000 personas por día. El año pasado murió de hambre un niño menor de diez años cada cinco segundos». Deberíamos hablar amargamente de un nuevo holocausto en "cómodas cuotas".

Silvia Ribeiro, Investigadora del Grupo de Acción sobre Erosión, Tecnología y Contaminación (ETC Group) agrega:

Por todo el mundo siguen aumentando los precios de los alimentos y en los países más vulnerables empujan hacia situaciones intolerables, como hambrunas, a menudo combinadas con sequías o inundaciones, efectos perversos del cambio climático. Ante la gravedad de la crisis, caen máscaras y se vacían discursos, como la receta de los agrocombustibles y los supuestos beneficios del libre comercio y la agricultura de exportación. Robert Zoellick, presidente del Banco Mundial, anuncia que los precios seguirán altos por varios años, y que es necesario fortalecer la "ayuda alimentaria" para gestionar la crisis. Zoellick, en su experiencia como jefe de negociaciones de Estados Unidos en la Organización Mundial de Comercio, sabe de lo que habla: desde su puesto anterior hizo todo lo que pudo para romper la soberanía alimentaria de los países, en función de favorecer los intereses de las grandes transnacionales de los agronegocios.

Incluso ahora, la receta de la "ayuda alimentaria", es otra vez un apoyo encubierto a las mismas transnacionales, que tradicionalmente son quienes venden al Programa Mundial de Alimentos los granos que "caritativamente" les entregan a los hambrientos, con la condición de que ellos mismos no produzcan los alimentos que necesitan. Los grandes ganadores de la crisis alimentaria son también actores centrales y grandes ganadores en la promoción de los agrocombustibles: las transnacionales que acaparan el comercio nacional e internacional de cereales, las empresas semilleras, los fabricantes de agrotóxicos. En estos dos últimos rubros son en muchos casos las

mismas empresas: a nivel global, Monsanto es la principal empresa de semillas comerciales y la quinta en agrotóxicos. Bayer es la primera en agrotóxicos y la séptima en semillas, Syngenta la segunda en agrotóxicos y la tercera en semillas, Dupont la segunda en semillas y la sexta en agrotóxicos. Junto a BASF y Dow (tercera y cuarta en agrotóxicos), estas seis empresas controlan el total de las semillas transgénicas en el mundo, que casualmente es también la solución que proponen a todos los nuevos problemas (que ellas mismas han sido parte fundamental en provocar).

La misma investigadora publica en el diario La Jornada de México: «El cambio climático, los altos precios del petróleo y el aumento de la demanda de energía son el trasfondo para justificar una nueva industria energética: los biocombustibles. Aclamados por las transnacionales de los agronegocios y algunos ambientalistas, conllevan nuevos impactos para los pobres del medio rural y el ambiente, al tiempo que aumentan la dependencia de los países del sur. Bajo el conveniente paraguas de la justificación "ambientalmente responsable" y en la coyuntura de los precios del petróleo más altos de la historia, surge una nueva panacea: los biocombustibles, que son combustibles para transporte, a partir de aceites y alcoholes derivados principalmente de cultivos oleaginosos (como soja, girasol o ricino) o con alto contenido de azúcares (caña de azúcar, maíz) para producir biodiesel y etanol.

Un primer problema es que para alimentar la producción de estos biocombustibles hay que ampliar drásticamente las superficies de cultivo y hacerlo más intensivo, con el consecuente aumento de agrotóxicos, uso de agua (la agricultura ya utiliza 70 por ciento del agua dulce disponible en el planeta) y erosión de suelos. Significativamente, Nature Biotechnology dedicó el editorial de su edición de julio pasado a explicar que los costos ambientales de la producción de etanol en desgaste de suelos, aumento de agroquímicos, contaminación del Golfo de México y destrucción de hábitats naturales superan sus supuestos beneficios». Los grandes ganadores de la conversión a los biocombustibles son Syngenta, Dupont y Monsanto, tres de las seis empresas mundiales que controlan agrotransgénicos. Cada una está desarrollando maíz transgénico para producción de etanol en colaboración con Diversa Corporation y con Archer Daniels Midland y Bunge, dos de las cinco que dominan el comercio mundial de granos.

Aurelio Suárez Montoya, Director Ejecutivo de la Asociación Nacional por la Salvación Agropecuaria, cita: «En 2004, el Institute of Development Studies, en una investigación sobre las secuelas de la implantación del modelo de "libre comercio" para los productos agrícolas desde 1990, incluidos los alimentos, teniendo en cuenta las importaciones agrícolas como porcentaje del PIB, encontró que el nivel de dependencia de la agricultura y el suministro diario de calorías por habitante, tenían al menos en 43 países valores muy altos de vulnerabilidad y que otros 23 suministraban menos de 2.500 calorías al día por habitante, conformando un numeroso grupo de "países en desarrollo importadores netos de alimentos". Entre 1994 y 2004, la producción de alimentos de todos los países en desarrollo cayó 10% respecto a la década anterior, mientras sus compras alimenticias externas crecieron 33%. Los países del Norte, encabezados por Estados Unidos, tomaron el control mundial de los alimentos merced a los mil millones de dólares diarios de subsidios estatales que les permite exportar sus excedentes a precios por debajo del costo y quebrar las producciones domésticas del Sur, a las que, para facilitar el asalto, se le obligó a eliminar o reducir los aranceles. El hambre que sufre el mundo tiene como primera causa ese perverso modelo comercial.

Coincidiendo con las crisis financieras, desde 2001 se inició un alza continua en el precio internacional de los alimentos. Los lince de las finanzas apuntaron a los mercados especulativos de los contratos a futuro de los bienes básicos, que se transan en las bolsas de valores con el nombre de commodities, como medio para resarcirse de las pérdidas en otras inversiones, como alternativa frente a las

bajas tasas de interés, a la caída de las acciones de las empresas o a la devaluación del dólar. La cabalgata especulativa empezó por el oro y el petróleo y, gracias a la superioridad ganada por los países poderosos en la década anterior, aunada a la desaparición de toda forma de intervención estatal en el mercado alimenticio, se incluyeron cereales y oleaginosas en la ruleta de las transacciones bursátiles, donde los precios presentes se fijan mediante la expectativa agiotista de la cotización futura. Por los afanes de las crisis financieras, la comida, que ya se había convertido en mercancía, se transformó ahora en commodity, nueva arma para matar de hambre a desnutridos de los cinco continentes».

Martín Khor, Director de la Red del Tercer Mundo, nos ayuda a pensar:

Las malas noticias se repiten en todo el mundo: los altos precios de los alimentos parecen haber llegado para quedarse. El trigo y la leche han alcanzado récords históricos en el mercado internacional, el arroz se encuentra en su nivel más alto de los últimos diez años, el maíz y la soja también están por encima de los precios promedio de hace una década y la carne se ha disparado en muchos países. La era de la comida barata parece haber terminado. Con una demanda que excede la oferta, hay preocupación de una escasez inminente, en tanto que las reservas declinan y algunos países restringen la exportación de alimentos. Sin embargo, esta vez parecen existir factores estructurales y de largo plazo que sugieren que los altos precios de los alimentos se mantendrán o incluso continuarán aumentando.

El primero es el incremento de la demanda de alimentos en los países en desarrollo, debido al aumento de la población, los mayores ingresos y un cambio en las preferencias. China es un claro ejemplo, pero hay numerosos países donde la demanda está dejando atrás la oferta local, produciendo a su vez un aumento de la presión en los mercados internacionales. El segundo factor es el aumento de precio de los insumos para la producción de alimentos. El petróleo constituye un claro ejemplo: su precio se ha disparado pasando por sobre la tan temida barrera de los cien dólares por barril y algunos expertos predicen que alcanzará los ciento cincuenta pronto. Esto impacta en el precio de los alimentos al menos en dos formas: produciendo un aumento del precio de insumos como el combustible para los tractores y los fertilizantes, y también de los costos de transporte marítimo de los alimentos. El tercero es el auge de los biocombustibles, que está provocando que tierras que podrían utilizarse en la producción de alimentos sean usadas para cultivos destinados a la producción de combustibles.

Según un informe publicado en junio por la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), el aumento de la demanda de biocombustibles está produciendo cambios fundamentales en los mercados que pueden resultar en un aumento de los precios internacionales de muchos productos agrícolas. El informe, titulado "Perspectivas de la Agricultura: 2007-2016", afirma que factores temporales como sequías y bajas reservas pueden explicar el reciente aumento del precio de los commodities agrícolas. "Pero se están produciendo cambios estructurales que bien podrían mantener los precios nominales relativamente elevados de muchos productos agrícolas en la próxima década".

Ian Angus, editor de *Climate and Capitalism*, nos recuerda:

Desde los años setenta, la producción de alimentos se ha globalizado y concentrado cada vez más. Un puñado de países domina el comercio global en alimentos básicos. Un 80% de las exportaciones de trigo provienen de seis exportadores, así como un 85% del arroz. Tres países producen un 70% del maíz exportado. Esto deja a los países más pobres del mundo, los que tienen que importar alimento para sobrevivir, a la merced de tendencias económicas y políticas en esos pocos países exportadores. Cuando el sistema comercial global deja de cumplir, son los pobres los que pagan la cuenta. Hoy en día, no está a la moda que los gobiernos ayuden a la gente pobre a cultivar alimentos para otra gente pobre, porque supuestamente "el mercado" puede hacerse cargo de todos

los problemas. The Economist informa que “los gastos en la agricultura como parte de los gastos públicos totales en los países en desarrollo cayó a la mitad entre 1980 y 2004”. Los subsidios y dinero para investigación y desarrollo se han acabado, y el aumento de la producción se ha paralizado. El resultado es que en siete de los últimos ocho años el mundo consumió más granos que los que produjo, lo que significa que se estaba sacando arroz de los inventarios que los gobiernos y los comerciantes normalmente mantienen como seguro contra malas cosechas. Las existencias mundiales de granos están actualmente a su nivel más bajo de todos los tiempos, dejando muy poca protección para tiempos difíciles.

Se podría pensar que entre los beneficiarios de este estado de cosas se encuentra el gran país del norte. C. Ford Runge y Benjamin Senauer, dos distinguidos académicos de la Universidad de Minnesota, sostienen lo contrario en un artículo publicado en la edición en lengua inglesa de la revista *Foreign Affairs*, cuyo título lo dice todo: “El modo en que los biocombustibles podrían matar por inanición a los pobres”. Los autores sostienen que:

En Estados Unidos el crecimiento de la industria del agrocombustible ha dado lugar a incrementos no solo en los precios del maíz, las semillas oleaginosas y otros granos, sino también en los precios de los cultivos y productos que al parecer no guardan relación. El uso de la tierra para cultivar el maíz que alimente las fauces del etanol está reduciendo el área destinada a otros cultivos.

Para no extender demasiado este informe, cabe agregar que el estallido de la burbuja inmobiliaria en los EEUU produjo una estampida de capitales altamente especulativos que encontraron en los commodities un lugar seguro para rehacerse de las pérdidas sufridas y obtener mayores ganancias. Como quedó dicho más arriba, el mercado de Chicago fue el teatro de operaciones de esta batalla por conseguirlas.

Datos para una reflexión sobre nuestra crisis actual

Si separamos el proceso de nuestra situación actual del contexto en el que se inscribe es muy poco lo que podemos entender. Tenemos el extraño privilegio de estar en la pampa húmeda con tierras que en muy pocos lugares del mundo se dan. Este privilegio nos colocó en la mira de aquellos que tienen el ojo aguzado para ver donde brota el dinero con mayor facilidad, sin importar los costos materiales ni humanos que suponga su obtención. Aquí aparece *la historia de la soja*. Voy a sintetizar un informe del Ingeniero Agrónomo Alberto J. Lapolla, genetista, docente de la UBA y miembro del Grupo de Reflexión Rural, escrito en octubre de 2003:

A partir de la política de 1991 de desregulación llevada adelante por Domingo Cavallo, el INTA que había desarrollado una correcta política de variedades y cultivares agrícolas durante décadas para las distintas áreas de cultivo argentinos, se vio obligado a entregar su colección de germoplasma a los semilleros multinacionales que se apropiaron desde entonces de los secretos de la producción nacional. A partir de allí el INTA fue poco menos que una figura decorativa, al servicio de Monsanto y las compañías cerealeras, en cuyas manos quedó el control y la exportación de granos al destruirse a la Junta Nacional de Granos. Esta política desarrollada por la autoridad de agricultura de entonces -el Ing. Felipe Solá- destruyó la soberanía alimentaria argentina iniciando un proceso que está llegando a su cúspide transformando a nuestro país en una colonia desde el punto de vista alimentario.

La propagación de la soja no vino sola; junto con su explosión desde 1994 hasta nuestros días, su avance vino acompañado de la destrucción de otras producciones de alimentos, como el tambo, la ganadería, la apicultura, montes frutales, cultivos de sorgo, batata, arveja, lenteja y los cinturones verdes hortícolas productores de frutas y verduras, expulsados de la producción por el doble

proceso de la imposibilidad de competir económicamente con una soja subsidiada por todo el modelo económico y por las fumigaciones aéreas de herbicida y plaguicidas que destruyen los cultivos de los pequeños productores. Como producto de esta situación la Argentina ya no produce alimentos, sino mayoritariamente forrajes de exportación, 'commodities' que generan divisas para pagar deuda externa.

Se llega a extremos claramente irracionales desde el punto de vista agronómico, como es el caso de desmontar montes frutales, forestales, incluso áreas de recreo para sembrar soja transgénica. también se llega a graves situaciones como en Santiago del Estero, donde las empresas sojeras y los terratenientes apelan a la violencia parapolicial y oficial para expulsar a los campesinos santiagueños que laboran y viven en sus tierras desde hace varias generaciones. Según el último censo agrario entre 1991 y 2001 han desaparecido alrededor de 150.000 productores pequeños, produciéndose la mayor concentración latifundista de la historia argentina: 6.200 propietarios poseen el 49.6% de la tierra productiva total de la nación y acompañando este proceso de concentración y manipulación productiva por parte de las empresas multinacionales, 16.000.000 de hectáreas se encuentran ya en manos extranjeras.

Si bien la soja tradicional (no transgénica) venía expandiéndose en forma continuada desde mediados de los sesenta, es a partir de 1994 con la autorización por la autoridad agropecuaria (Cavallo-Solá) del cultivo de la Soja RR (soja transgénica con agregado de genes para Resistencia al herbicida Round-up), que el cultivo de soja crece exponencialmente llegando a ocupar más de la mitad de la producción total de "granos" argentinos. Inicialmente la multinacional Monsanto (la empresa norteamericana que desarrollara el famoso Agente Naranja, durante la guerra de Viet Nam -un poderoso arboricida) permitía la libre reproducción de semilla de soja transgénica a los productores de un año para otro, pues parecía que su negocio era la venta del herbicida Round-up, imprescindible para el sistema de siembra de la misma. Sin embargo en una clara maniobra monopólica cuando el cultivo estuvo lo suficientemente extendido, la desaparición de las semillas de los cultivos de reemplazo y la dependencia del productor era total, Monsanto patentó la soja RR obligando a los productores a comprar semilla año tras año. Una resolución de la Secretaría de Agricultura refrendó dicha obligación para los productores, impidiendo la libre reproducción y siembra de la soja RR y demás cultivos transgénicos.

La no roturación del suelo, que pudo ser vista en un principio como una práctica benéfica, terminó - en el marco de este sistema y del ecosistema de los suelos que afecta- produciendo compactación, acumulación excesiva de residuos orgánicos que no pueden ser mineralizados, disminución de la temperatura del suelo (lo cual trae aparejado la disminución de la fijación de nitrógeno por la soja y por ende la necesidad de fertilizarla con Nitrógeno). La macrofauna del ecosistema de cultivo es brutalmente afectada por este sistema de contaminación química continua del suelo: las gaviotas y otras aves desaparecen por la ausencia de roturación, lo mismo que las liebres por envenenamiento y ausencia de rastrojo verde, las perdices ponen huevos estériles, las lombrices (de fundamental acción benéfica para el suelo) son destruidas por el uso masivo de agroquímicos, habiéndose observado efectos dañinos hasta en ñandúes. Siendo de público conocimiento la desaparición masiva de pájaros, cuises, mariposas y otros integrantes habituales del ecosistema en los lugares de aplicación masiva de este sistema de destrucción de los componentes del ecosistema y su transformación en un sustento inerte de una producción minera semi-industrial. Este sistema devasta la biodiversidad del ecosistema agrícola.

Una mirada hacia los del "campo"

Le Monde diplomatique de Mayo de 2008 publica un estudio de la economista Cecilia Nahón, investigadora de Centro de Estudios para el Desarrollo Argentino (CENDA) y del Área de Economía y

Tecnología de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en el que analiza el problema de las retenciones, informe que recomiendo leer, así como todo el dossier sobre el tema campo. Voy a reproducir algunas partes de este informe. La primera afirmación, que sale al cruce de la mucha información mediática interesada, dice:

Casi 50 economías en el mundo aplican impuestos específicos a las exportaciones de arroz, café, carbón, aceites, bananas, avellanas, maderas y diamantes en bruto, entre otros. Algunos ejemplos destacados son Turquía, India, Malasia, Indonesia, Tailandia, Sudáfrica, Costa Rica y Colombia [...] Los argumentos para la soberanía estatal de este tipo de recursos los provee la teoría económica clásica desde hace más de doscientos años: las condiciones naturales más favorables para la producción de los productos primarios son únicas e irreproducibles...

Esta cualidad establece una diferencia sustancial entre la producción primaria y la producción industrial. Mientras los aumentos de la demanda de bienes industriales pueden satisfacerse a través de la ampliación de las plantas productivas, en el caso de la producción agrícola la mayor demanda exige –además de innovaciones tecnológicas e inversiones de capital- la extensión de la frontera agropecuaria hacia peores tierras. La diferencia en la calidad de las tierras implica que quienes producen en las zonas favorecidas cuentan con costos menores respecto del resto. Frente a precios internacionales únicos, quienes trabajan las “mejores tierras del mundo” obtendrán una sobreganancia, no debida a su pericia, a su esfuerzo, ni a la magnitud de sus inversiones –por más valiosas que sean-, sino por obra y gracia de la generosidad del suelo; en el caso argentino, las extraordinarias condiciones climáticas y de fertilidad de la pampa húmeda... en la producción agrícola (las sobreganancias) surgen de las condiciones naturales y son de carácter permanente.

La diferencia entre la ganancia normal que se obtiene al producir en tierras de peor calidad y la sobreganancia que aparece en las tierras más fértiles es lo que la economía política denomina “renta diferencial de la tierra”... Las retenciones no gravan por lo tanto las ganancias del productor – que tienden a su nivel medio o normal- sino la renta de la tierra basada en las extraordinarias condiciones agroecológicas del suelo argentino.

Como las argumentaciones de un sector de los dirigentes del campo se basó en el riesgo de perder la rentabilidad agrícola, pasemos a leer lo que nos dice esta investigadora:

La evidencia empírica desmiente de manera contundente estos argumentos, al menos en la región pampeana, que concentra cerca del 85% de la producción de cereales y oleaginosas. El margen bruto por hectárea –es decir, los ingresos menos los costos- de los cuatro principales cultivos no sólo no ha disminuido, sino que es hoy un 38% superior al margen de la campaña 2006/2007 y un 88% superior al período 2005/2006, aun bajo la aplicación de las retenciones móviles. La comparación con el margen en la década de 1990 es todavía más favorable: con la aplicación de retenciones la rentabilidad actual es un 138% superior a la vigente entre 1991/2001.

El cuadro general del mercado mundial, como vimos, presenta una tendencia firme hacia el aumento de los productos agrícolas. Según la Organización de la ONU para la Agricultura y la Alimentación el precio mundial promedio de los alimentos se ha encarecido en los últimos nueve meses en un 45%. Esto ha obligado a todos los países exportadores de alimentos a encarar medidas que controlen esta situación, para proteger las condiciones de precios internos respecto a su población, fundamentalmente la de menores ingresos. Dice nuestra investigadora:

En ausencia de retenciones, los productores de bienes alimenticios que tienen capacidad exportadora tenderán a vender sus productos en el mercado interno al equivalente en moneda local del precio internacional, es decir el precio en dólares. Con la vigencia de las retenciones a las exportaciones se reduce el precio que cobra el productor por tonelada vendida al exterior. De esta forma, al disminuir el precio de referencia en el mercado mundial cae el precio local.

Por ello las retenciones móviles sirven tanto para abaratar internamente los productos de exportación, como para garantizar mayor estabilidad y previsibilidad en sus precios. La importancia de esta herramienta se hace más nítida ante los magros resultados que se observan en el último tiempo con los acuerdos de precios oficiales. En el caso de las exportaciones que no forman parte de la canasta básica, como la soja, el papel antiinflacionario es indirecto y se sostiene en una política de mediano plazo destinada a influir sobre los usos del suelo. En la actualidad, ante la ausencia de una política agropecuaria integrada y de largo plazo, los usos del suelo se establecen en función de las rentabilidades relativas de las diferentes producciones.

Consideraciones finales

Creo que colocar el problema sobre bases más claras ayuda a definir los términos del debate. Hoy, sometidos a una información interesada y perversa, podemos observar las dificultades que se presentan para encontrar los necesarios entendimientos. La argumentación sesgada que nos llega oscurece el planteo del tema y permite que los términos del debate nos orienten mal. Las páginas anteriores han pretendido ofrecer los datos y opiniones de estudiosos en estas materias, colocándolos en un marco más amplio de comprensión que incluya el dolor y el padecimiento de millones de seres humano, que no entran en la información diaria. Por ejemplo: cada cinco segundos se produce en el mundo una muerte de un menor de 10 años por hambre, y la situación se va agravando; hay cerca de 850 millones de seres humanos que no tienen que comer. El Programa Mundial de Alimentos de Naciones Unidas estima que, a partir de la actual crisis, hay 100 millones de personas hambrientas más. De acuerdo con la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), en 37 países se ha desatado una crisis alimentaria. En 2008, las naciones más pobres pagarán 65% más por sus importaciones de cereales; y en algunos países africanos el incremento será de 74%.

La producción de alimentos es un arma clave y poderosa que Estados Unidos ha aceitado desde hace décadas. Guerra, alimentos y derechos de propiedad intelectual están estrechamente vinculados con la estrategia económica de la Casa Blanca desde los años 70. Desarrollo de la industria militar, producción masiva de granos y patentes han sido pilares de la hegemonía estadounidense en la economía mundial. La comida es un instrumento de presión imperial. John Block, secretario de Agricultura (1981-1985), afirmó: «El esfuerzo de algunos países en vías de desarrollo por volverse autosuficientes en la producción de alimentos debe ser un recuerdo de épocas pasadas. Éstos podrían ahorrar dinero importando alimentos de Estados Unidos». Los productos agrícolas “made in USA” son una de las principales mercancías de exportación de ese país. Con su mercado interno saturado está empujando, agresivamente, para abrir las fronteras a sus alimentos. Allá, una de cada tres hectáreas se destina a cultivar productos agropecuarios para exportación. Una cuarta parte del comercio rural la realiza con otros países. Si hasta antes de 1973 los ingresos por las ventas de este sector al exterior fluctuaban alrededor de 10 mil millones de dólares por año, a partir de entonces aumentan en un promedio anual de 60 mil millones. El éxito se basó en la combinación de apoyos gubernamentales a la producción y al producto, para derrumbar los precios por debajo de los costos de producción, así como en abundantes subsidios a la exportación.

Las consecuencias mundiales, más graves en esta última década, pintan el siguiente cuadro:

Prácticamente la mitad de la población mundial vive con menos de dos dólares diarios y gasta el 80% en comida. De ellos, 1.300 millones de personas viven con menos de un dólar diario (el mínimo que fija el Banco Mundial como límite de pobreza extrema), de los que 1.000 millones padecen desnutrición crónica, de los cuales 158 millones son niños. De estos 1.000 millones con desnutrición crónica, el 85% pasa hambre. Hay que remarcar que de este grupo 34 millones de personas viven

en el llamado mundo desarrollado. Además, la población se hacinó en las ciudades, buscando - paradójicamente- un porvenir mejor: el 50% de la población urbana de África y el 40% de la de Latinoamérica, está desnutrida; en Calcuta, la cifra llega al 70%. La población mundial crece en 76 millones de personas cada año, la mayoría en países pobres.

En nuestro continente, cincuenta y ocho millones de jóvenes latinoamericanos y caribeños viven hoy en situación de pobreza y de ellos 21 millones son indigentes, indicó la oficina en México del Fondo de Naciones Unidas para la Población. Poco más de un millón de ellos viven con menos de un dólar diario y 27,2 millones con menos de dos, precisó un informe de la entidad, difundido a propósito de la conmemoración del Día Mundial de la Población. Según el documento, en América Latina y el Caribe la población joven la conforman 160 millones de habitantes de entre 10 y 24 de años de edad.

Entonces, desde nuestra Argentina, debemos colocar el tema dentro de este marco. Es necesario proteger a nuestra población de bajos recursos de la invasión de esta crisis, provocada por la especulación financiera en gran parte, además de definir políticas que tiendan a crear trabajo para todos y dignamente remunerados. Los recursos obtenidos por las retenciones deben atender estos problemas: defender a los pequeños y medianos productores de las zonas menos favorecidas; apoyar el desarrollo de las producciones que han sido desplazadas por el “sojismo” diversificándolas; apoyar el agregado de valor a la producción agropecuaria para crear fuentes de trabajo; etc.

Para salir de las falsas discusiones debemos desenmascarar a los “defensores a ultranza” de nuestra constitución. Los reclamos de reparto de los recursos de las retenciones, que ellos hacen, no están avalados legalmente, deberían saber que las retenciones no son coparticipables según la ley de recursos fiscales nacionales. Concentremos nuestras miradas en qué se hace con esos recursos, cómo se los utiliza, pero no permitamos que se escondan tras reclamos que ocultan otras intenciones. Ya hemos visto como, por la reforma del pacto Menem-Alfonsín de 1994 de la Constitución, los recursos energéticos fueron pasados a las provincias, lo que permitió que se pagara la publicidad de la campaña de algún político trasnochado. El petróleo, como todo lo que está bajo el suelo pertenece a la Nación, no pueden ser propiedad privada de ningún estado provincial. El problema no radica en discutir la necesidad de las retenciones sino el destino que a éstas se les da. Por ello debemos centrarnos en los verdaderos problemas y no perdernos en discusiones interesadas.

No creo que este informe pueda agotar el tema que propongo pensar, pero he querido aportar información y reflexiones que no aparece en la comunicación pública, y si se la muestra contienen distorsiones interesadas y manipulación de datos (las mismas que se le atribuye al INDEC) en la mayor parte de los casos.

Reflexiones descartables

Una de las acepciones que tiene la palabra descartable, según el diccionario, es: «Que puede prescindirse de ello fácilmente». Hay cosas que se las puede descartar por ser extemporáneas («Impropio del tiempo en que sucede o se hace»). Algo de todo ello contiene lo que sigue. Porque son ideas, reflexiones, propuestas, que se pueden dejar de lado si molestan, incomodan, no se comprenden, no se aceptan, o no corresponden a esta época. Contienen un cierto grado de locura, no destructiva ni peligrosa, pero la locura no siempre es bien recibida por la gente *sensata* que requiere *certezas*. De allí que a la utopía se la considere una forma de la locura. Por esa razón van al final, después del final, para que no interfieran en el recorrido del discurso anterior.

Hace más de dos años, cuando todavía el hambre no se había convertido en noticia destacable, una doctora en física y en filosofía de la India, Vandana Shiva, escribía cosas como esta: «La basura es el derroche de una sociedad de usar y tirar – las sociedades ecológicas nunca han tenido basura. Los chicos sin hogar son consecuencia del empobrecimiento de las comunidades y familias que han perdido sus recursos y medios de vida. Son imágenes de la perversión y las externalidades de un modelo de crecimiento insostenible, injusto y falta de toda equidad». Se quejaba del modo en que los medios de los países centrales mostraban la pobreza. Continuaba: «un escritor africano traza una distinción entre la pobreza como subsistencia, y la miseria como carencia. Es útil separar un concepto cultural de una vida simple y sostenible entendida como pobreza, de la experiencia material de la pobreza como resultado del desposeimiento y la carencia». Nosotros tenemos, *gracias a los economistas*, índices que miden la pobreza y la indigencia, colocándole un piso a ambas. Ante ello sostiene:

La pobreza percibida como tal desde una perspectiva cultural no necesita ser una pobreza material real: las economías de subsistencia que satisfacen las necesidades básicas mediante el auto-aprovisionamiento no son pobres en el sentido carencial del término. Sin embargo, la ideología del desarrollo las declara pobres por no participar de forma predominante en la economía de mercado, y por no consumir bienes producidos en el mercado mundial y distribuidos por él, incluso aunque puedan estar satisfaciendo las mismas necesidades mediante mecanismos de auto-aprovisionamiento. Se percibe a la gente como pobre si comen mijo (cultivado por las mujeres) en lugar de la comida basura procesada que es producida y distribuida de forma mercantil por los agronegocios globales. Se les ve como pobres si viven en viviendas hechas por ellos mismos a partir de materiales ecológicos como el bambú y el barro en lugar de hacerlo en casas de cemento. Se les ve como pobres si llevan ropa hecha a mano a partir de fibras naturales en lugar de sintéticas.

Queda claro que está hablando de un modo que nos molesta, nos incomoda. Creíamos saber con toda certeza qué es un pobre y aparece este señor cuestionándonos:

La subsistencia percibida culturalmente como pobreza no implica necesariamente una baja calidad de vida física. Por el contrario, porque las economías de subsistencia contribuyen al crecimiento de la economía de la naturaleza y de la economía social, aseguran una elevada calidad de vida en términos de alimentos y agua, sostenibilidad de los medios de vida, y una robusta identidad y significado social y cultural... Un sistema que crea la negación y la enfermedad, mientras acumula trillones de dólares de megabeneficios para los agronegocios, es un sistema diseñado para crear la pobreza para la gente. La pobreza es un estado final, no un estado inicial de un paradigma económico, el cual destruye los sistemas ecológicos y sociales que mantienen la vida, la salud y la sostenibilidad del planeta y de la gente.

Y, como no la alcanza con molestarnos avanza diciendo que la pobreza económica es sólo una de las formas de la pobreza:

La pobreza cultural, la pobreza social, la pobreza ética, la pobreza ecológica, la pobreza espiritual son otras formas de pobreza con mayor prevalencia en el así denominado rico Norte, que en el Sur, denominado pobre. Y estas otras pobrezas no se pueden borrar con dólares. Necesitan compasión y justicia, cuidados y formas de compartir. Poner fin a la pobreza requiere conocer los mecanismos por los cuales se crea.

Muy enojado con el economista Jeffrey Sachs, quien considera la pobreza como el pecado original, le contesta:

Dice este economista que “hace unas pocas generaciones, casi todo el mundo era pobre. La Revolución Industrial creó nuevos ricos, pero gran parte del mundo fue dejada atrás”. Ésta es una

historia de la pobreza completamente falsa, y no debe ser la base para una historia de la pobreza, Sachs lo ha entendido mal. Los pobres no son los que quedaron atrás, sino los que son empujados hacia afuera y excluidos del acceso a su propia riqueza y sus propios recursos.

Ante afirmaciones comunes de que los "pobres son pobres por ser vagos o porque sus gobiernos son corruptos", contesta:

Son pobres porque otros se han apropiado de su riqueza, destruyendo su capacidad para crearla. Las riquezas acumuladas por Europa se basaron en las riquezas arrebatadas a Asia, África y Latinoamérica. Sin la destrucción de la rica industria textil de la India, sin la aparición del comercio de especias, sin el genocidio de las tribus indígenas americanas, sin la esclavitud africana, la revolución industrial no habría creado nuevas riquezas para Europa o los Estados Unidos. Fue la violenta absorción de los recursos del Tercer Mundo y de los mercados del Tercer Mundo lo que creó la riqueza en el Norte – pero simultáneamente creó la pobreza en el Sur.

La dificultad radica en la ciencia económica que ve el crecimiento sólo como *crecimiento del capital*. Lo cual no permite ver la destrucción de la naturaleza y de la economía de subsistencia de la gente que crea este crecimiento, porque parte de suponer que si se produce lo que se consume es que no reproduce. Para la economía de mercado producir es hacerlo para el mercado, necesariamente. Por tal razón, esta economía dominada por el capital no es la única economía; no obstante, el concepto de desarrollo se ha basado en el crecimiento de esta economía de mercado. Los precios no pagados por el desarrollo (ecológicos, pobreza, enfermedades, etc.) han sido la destrucción de otras dos economías: la de los procesos de la naturaleza y la de la supervivencia de la gente. La elevación del dominio del mercado y del capital creado por ciertos hombres a la posición de principios organizadores supremos, tal como se enseña en las universidades ha llevado a descuidar y destruir los otros dos principios organizadores – la ecología y la supervivencia – que mantienen y sostienen la vida en la naturaleza y en la sociedad.

Los indígenas en la Amazonia, las comunidades montañosas en el Himalaya, los campesinos cuyas tierras no han sido expropiadas y cuyas aguas y biodiversidad no ha sido destruida por la deuda para crear una agricultura industrial poseen riqueza ecológica, incluso aunque no ganen un dólar al día... Los 50.000 millones de dólares US de "ayuda" del Norte al Sur son una décima parte de los 500.000 millones de dólares US que fluyen del Sur al Norte en concepto de pago de intereses y otros mecanismos injustos de la economía global impuestos por el Banco Mundial y el FMI... Con la privatización de los servicios esenciales y la globalización injusta impuesta a través de la OMC se convierte a los pobres en más pobres. Los campesinos indios están perdiendo anualmente 26.000 millones de dólares US por la caída de los precios agrícolas debidos al dumping y a la liberalización del comercio, a resultas de una globalización injusta, que está haciendo que las empresas se hagan cargo de la comida y del agua.

La vieja sabiduría bíblica sentenciaba: «Si ves a un hambriento no le des un pescado, enséñale a pescar», sin embargo, por lo que hemos visto, cuando vieron a un indígena no le dieron de comer le robaron lo que comía. Esto nos lleva a repensar los criterios a partir de los cuales se piensa el problema del hambre. Desde los agronegocios, ya vimos, están dispuestos a vender lo que les han sacado. La preocupación de algunos por el hambre nos debe llenar de dudas, como la preocupación de Al Gore por el medio ambiente. Además, el autoabastecimiento tiene la virtud de resolver el problema con sus propios métodos dentro de las culturas a las que pertenecen. Fortalece la dignidad de la persona, su autonomía y su independencia, así como logra lo mismo con los pueblos. Nuestra mirada de hombres blancos superiores nos impide apreciar como resuelven su seguridad alimentaria y el equilibrio ecológico dentro de la sustentabilidad del ecosistema. Aldo deberíamos aprender de ellos.

La consecuencia de este mundo de los agronegocios es la paradoja por la cual los pobres están financiando a los ricos. «Si nos tomáramos en serio lo de poner fin a la pobreza, tendríamos que poner fin seriamente a los sistemas injustos y violentos que para crear riqueza crean pobreza robando a los pobres sus recursos, medios de vida e ingresos».

Ante el cuadro que hemos venido leyendo el periodista Andreu Martí se plantea una serie de preguntas que va contestando, como: «¿Es el etanol el causante de la subida de precios?» y se contesta a partir de un estudio realizado por C. Ford Runge y Benjamin Senauer, dos distinguidos académicos de la Universidad de Minnesota, publicado en la edición en lengua inglesa de la revista *Foreign Affairs*, cuyo título habla por sí mismo: *El modo en que los biocombustibles podrían matar por inanición a los pobres*. Los autores sostienen que en:

Estados Unidos el crecimiento de la industria del agrocombustible ha dado lugar a incrementos no solo en los precios del maíz, las semillas oleaginosas y otros granos, sino también en los precios de los cultivos y productos que al parecer no guardan relación. El uso de la tierra para cultivar el maíz que alimenta las fauces del etanol está reduciendo el área destinada a otros cultivos. Los procesadores de alimentos que utilizan cultivos como los guisantes y el maíz tierno se han visto obligados a pagar precios más altos para mantener los suministros seguros, costo que a la larga pasará a los consumidores... La demanda de etanol elevará un 9% la utilización industrial de granos en 2007-2008. Los propios economistas neoliberales han establecido que la fabricación de biocombustibles incide en un 25-30% en los incrementos de precios de los alimentos. El etanol, pues, contribuye a la subida de precios, pero no la explica en su totalidad.

Se pregunta luego: «¿Es la sequía la causante de la subida de precios?». Contesta que se ha notado una merma en la producción por ese motivo: «Pero, a pesar de todo, la cosecha mundial de granos fue en 2007 un 4% mayor que el año anterior. Desde 1961 la producción mundial de granos se ha triplicado, mientras que la población se ha duplicado. La sequía y la baja en las reservas de alimentos, pues, contribuyen a la subida de precios, pero no la explican en su totalidad. Pasa a otra pregunta: «¿Es la mayor demanda de China e India la causante de la subida de precios?» Contesta:

El crecimiento de la demanda en China e India es del 10% y 8% respectivamente, provocando un 5% de incremento de la demanda mundial, por lo que no puede argumentarse que los alimentos suben "porque los chinos comen más carne", que es una de las tesis preferidas de los ideólogos neoliberales. El aumento de la demanda, pues, contribuye a la subida de precios, pero no la explica en su totalidad.

Avanza hacia la siguiente: «¿Es la devaluación del dólar la causante de la subida de precios?» Contesta que en 2007, el dólar cayó un 28% frente al euro. Las oscilaciones del dólar afectan al mercado mundial de los alimentos. La caída del dólar, pues, contribuye a la subida de precios, pero no la explica en su totalidad. Los precios suben porque se especula con ellos:

Al estallar la burbuja inmobiliaria, entre 150.000 y 270.000 millones de dólares se lanzaron a especular con los precios a futuros (commodities) de las materias primas agrícolas (fuente: la consultora norteamericana Lehman Brothers), en los últimos meses de 2007. En el primer bimestre de 2008 la especulación sumó otros 40.000 millones de dólares más.

Cada una de estas preguntas remiten a un aspecto parcial, segmentado, del problema, pero sólo asumiendo el cuadro total en el que se está desarrollando este drama puede aventurarse a buscar un camino superador. Jean Ziegler avanza en otro sentido:

Es un despropósito que el precio de los alimentos sea fijado por la Bolsa cuando deberían ser retirados de la especulación. Lo ocurrido entre diciembre y marzo pasados fue escandaloso: tras el

crack financiero, que provocó más de un billón de dólares de pérdidas en valores patrimoniales, los grandes especuladores emigraron de la Bolsa de Nueva York hacia la Bolsa de Chicago. Es decir, pasaron de especular y perder con acciones a hacerlo y conseguir beneficios con materias primas agrícolas... La sociedad civil exige que los alimentos sean declarados bien público y que su precio se fije mediante negociaciones entre países productores y países consumidores.

Se podría parafrasear a Bil Clinton en su respuesta a Busch padre: «Son los especuladores, ¡Estúpido!» Y la respuesta *descartable* final podría caminar en este sentido: Debería estatizarse el comercio internacional de los alimentos (algo parecido a lo que hacía el Instituto Argentino de Promoción del Intercambio). Tanto *libre mercado* nos ha llevado a esta situación escandalosa, como la calificó Ziegler. La tan proclamada libertad de mercado es la libertad del zorro dentro del gallinero. Con pequeñas medidas de ayuda no se sale de este pantano. Pero, para encontrar esos caminos deseados, creo, lo primero que debe cambiar es la lógica desde la cual se comienzan a hacer las reflexiones sobre los datos recibidos. Más de lo mismo no nos saca de aquí. Una ciencia que parta de un compromiso serio con los que más padecen debe revisar seriamente los criterios que la sustentan (los supuestos), revisar los criterios de propiedad privada y de distribución de la riqueza, y denunciar con claridad la especulación financiera que nos ha colocado en esta situación.